

tierra, la Institución de Ginebra, podrá, entonces, adquirir la vida y la eficacia que espera y que de otro modo, jamás conocerá. La suerte de la humanidad está estrechamente ligada a la suerte de la Sociedad de las Naciones, y la suerte de esta Institución depende, repetimos, del desarrollo y del éxito de una nueva fe que pueda llevar a la humanidad a una moralidad más elevada. Es posible que la obra de Ginebra fracase momentáneamente y que se abandone durante algún tiempo. Tenemos la creencia de que se volverá a ella, tarde o temprano, después de un nuevo cataclismo más tremendo que el de 1914-1918, o tal vez en el último momento, ante el espectro amenazador de un próximo desastre, que sería el suicidio de la humanidad civilizada. El poder que la ciencia y la técnica dan al hombre peligran volverse contra él y arrastrarlo a su perdición, si un perfeccionamiento adecuado en sus costumbres no hace contrapeso; lo obligará, bajo pena de muerte, a elevarse hasta el nivel de una moralidad casi divina. La situación actual de la humanidad no conduce más que a dos salidas: el suicidio o el ascenso hacia lo divino.

Lo trágico de esta situación ha sido revelado por M. Bergson, en estos términos: "la humanidad gime casi aplastada por sus propios progresos, sin ver con bastante claridad que a ella le incumbe realizar su porvenir. A ella le corresponde, desde luego, decidir si quiere o no seguir existiendo y después si está conforme con vivir solamente o si está dispuesta a hacer el esfuerzo necesario para cumplir en nuestro mundo refractario, con la tarea esencial del Universo, que no es más que una máquina para crear Dioses".

Ahora bien, creemos que solamente puede escoger entre el suicidio y la deificación. Si deja de desear seguir viviendo, le quedan ampliamente abiertos dos caminos hacia el suicidio: las guerras y la disolución de las costumbres. En cambio, si quiere continuar con vida, el engranaje de los procesos científicos y técnicos la obligará a aportar los esfuerzos necesarios para su ascensión moral hacia la divinidad.

Si se niega a hacer estos esfuerzos, es porque habrá cesado de querer vivir y, en esta eventualidad, el suicidio es el único porvenir que le queda.

LAS CANCIONES DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

Por

ANDRES HENESTROSA

El nombre de ANDRES HENESTROSA, inseparable de todas las investigaciones sobre la lengua, la literatura y en general el arte de Juchitán, es bien conocido. Conocedor profundo de su lengua nativa, el zapoteco, y además finísimo espíritu crítico, Henestrosa se ha acercado como ninguno antes al más íntimo ámbito de su raza. En las revistas especializadas en cuestiones lingüísticas quedan múltiples ensayos de este escritor; y entre sus libros debe mencionarse "Los Hombres que Dispersó la Danza", cuya segunda edición prepara la editorial Ercilla. Andrés Henestrosa ha sido distinguido con la beca de la "Guggenheim Memorial Foundation" para realizar estudios en Norteamérica y España.

QUIEN hable de música y de canciones del Istmo de Tehuantepec, dice una mentira o una verdad a medias, porque música indígena propiamente dicha y en general toda manifestación artística no la hay. Esto no evita que por allí quede alguna melodía pura, algún procedimiento de trabajo ancestral, pero ellos son ya tan débiles que no puede llamársele, sin mentir, música indígena, arte indígena. Lo

que de aborigen tienen algunas artes de México es la emoción que hasta las manos le llega al indio cuando trabaja o hasta los ojos cuando canta. Esto que es verdad para todas las regiones del país, es más exacta cuando se refiere al Istmo. Parece, en efecto, que la raza zapoteca, por lo menos la del Istmo, no cantó. Y la música que hizo en vez de cantarla la danzaba; que siempre fue su vida un

péndulo entre un danzar y un llorar. Alguna manifestación parecida al canto debió haber entre ellos, sin embargo, las lamentaciones de sus entierros, vivos hasta hoy; el *liváana*, una especie de letanía, con que imploran y elogian. ¿Cómo si alguna vez hubieran cantado aquellas canciones no quedarán habitando sus entrañas hasta el grado de hacer posible, en las ocasiones propicias, su retoño? Cuando un zapoteca de ahora, de la decadencia, como diría mi amigo Rafael Heliodoro Valle, acomoda letra a una música, resulta de tal suerte humorística, tan verbalmente pornográfica—ya que de intención no existe la pornografía entre ellos y todo se reduce al diccionario—que no son para repetidas, unas por tontas, otras por crudas. Apenas se dicen, que no se escriben los textos de sus canciones, surge una gran desproporción entre la música y el verso: fina, delicada, aquélla; grueso, bronco, éste. Tal parece que por pudor—el pudor es cualidad indígena—por una a manera de horror al sentimiento, a las lágrimas, corrigen con una letra intrascendente toda la ternura, toda la emoción que en la melodía les traicionara.

Las canciones y la música que corren como istmeñas no son otra cosa que el resultado de un feliz maridaje de una melodía española, a la manera andaluza casi siempre, con otra melodía vernácula, cuando no una simple inflexión de la voz que la matiza de melancolía. *La Sandunga*—nombre claramente andaluz—, *La Llorona*, *La Petrona*, por no citar sino aquellas que de manera más armónica se han instalado en nuestro sentimiento, son a las claras, llanto español en pupilas nativas. El flamenco herido de ayes, fue la principal influencia: nuestra Sandunga sangra en cada verso. Cuando estas dos emociones se encontraron, no se rechazaron, ni corrieron parejas, sino que subieron juntas resueltas en grito, que es siempre el final de todo sentir zapoteca. Y las letras con que estas canciones se cantan son, sin duda, españolas y de los mejores días. *La Llorona* tiene un estribillo (Ay de mí, Llorona—Llorona de ayer y hoy—; ayer maravilla fui—, ¡ay Llorona!, ahora ni mi sombra soy) que es el mismo, salvo leves variantes, de una de las más preciosas letrillas de don Luis de Góngora, si es que el poeta de Córdoba no lo recogió de la poesía popular castellana, pues es más justo suponer que el conquistador lo haya repetido del folklore que de la obra del poeta. Pero como siempre queda abierta la ventana para el hallazgo, para la sorpresa, de que toda alegría verdadera viene preñada, algún poeta nativo de cuando en cuando suma una cuarteta digna—yo uno de ellos.

Todo esto no significa que no pueda elaborarse con las viejas melodías, sin recurrir a elementos

extraños, música auténticamente del Istmo; se ha hecho y puede ilustrarse esta afirmación con varios ejemplos. Daniel Pineda compuso un día, siendo estudiante de Oaxaca, una mazurca, *La Última Palabra*, de tal manera nuestra, que con ella arrullan las abuelas a sus nietos. Pineda era un hombre culto, pero conservaba intacta la sensibilidad autóctona; de allí la pureza de su obra. Donde le invadieron influencias extrañas fue en la letra con que la cantó, una letra en que todo el tono provinciano de fin de siglo, se instalara. (Eres la virgen que he soñado—, el angel que he adorado—, en esta amarga juventud).

Sin ser de mala ley, esta letra ni remotamente se equipara a la calidad de la melodía. La queja, la ternura, la melancolía zapoteca que en nada es distinta a toda queja, ternura y melancolía, no se expresa así. Y es que hay una porción de alma ancestral para el músico, otra para el escritor; y el dominio de una de ellas no entraña el dominio de la otra. Con Pineda hay otros que han trabajado con éxito idéntico: José Pineda, hermano suyo, Desiderio Glas, Valente Pérez, en Juchitán; Nicéforo Toledo, en el Espinal; Amado Chiñas en Tehuantepec, autor de uno de los más bellos valeses que yo haya oído; todos ellos han procedido en forma lírica, espontánea, empírica, no obstante ser alguno de ellos músico de oficio. Véase en esto cómo la ignorancia favorece la originalidad y la pureza. Algunos, más recientemente, han logrado tramar canciones sobre motivos musicales de la región, con plausible buen éxito, tales como David López en Juchitán, Lázaro Pineda en Ixhuatán. En ellos letra y música están más próximos. López es autor de un son *El Huipilito*, en el que se hace el elogio de aquella prenda de vestir, y con sólo describirla, la indumentaria, agradecida, se entrega produciendo una canción con casta; Lázaro a su vez, mejor poeta que músico, canta en las ferias de su pueblo una descripción de la tierra donde no faltan el elogio de las calles, de los frutos y del río donde no se estanca el cielo.

Estos cantos se parecen ya a aquellos que el Istmo dará cuando produzca un músico con capacidad instrumental, con genio, que por el solo hecho de poseerlos conservará su casticismo que parece correlativo de aquellas condiciones. Este artista sentirá que mientras más su cabeza camine al Occidente, más su corazón volverá al Sur. La música, las canciones que instrumente, traducirán todos aquellos compases que la raza extravió en su arcano rodar.